Efraín Hurtado

Escampos



Escampos

1ra. edición, Ediciones Concejo Municipal
de Calabozo, 1979.
1ra. edición en La Liebre Libre, 1992.

Este libro ha sido editado gracias al aporte de la Dirección General Sectorial de Literatura del Consejo Nacional de la Cultura

ISBN 980-327-018-4
Diseño y composición: La Liebre Libre
Impreso en Venezuela
Printed in Venezuela

Efraín Hurtado

Escampos

La Liebre Libre

Colección Escampos

Efraín Hurtado nació el 31 de marzo de 1934, en Calabozo, estado Guárico.

Antropólogo por la Universidad Central de Venezuela. Realizó estudios de postgrado en Francia, donde mantuvo contactos con distinguidas personalidades de las letras y la antropología contemporáneas.

Con su ensayo «Transparencia del signo», obtuvo su ascenso académico en la Universidad Central de Venezuela, en cuya Escuela de Sociología y Antropología ejerció por más de 15 años la cátedra de Antropología Social.

En 1964 ganó el premio de poesía del Ateneo de Boconó, con su libro «Papeles de condenado», ilustrado por Mateo Manaure.

Es autor de un libro de relatos, «Ojos de buey», y de otros libros de poemas, «El libro de los heroes» y «A dos palmos apenas».

Formó parte de los grupos literarios «Sardio» y «El Techo de la Ballena»,

Dejó muchos manuscritos: trabajos científicos, ensayos de literatura, textos de creación.

Murió el 26 de octubre de 1978, en Caracas.

Efraín: Del hebreo *Ephrarahim*, «muy fructífero», «doblemente fructífero». Nombre del segundogénito del patriarca José y jefe de la tribu hebrea así llamada. Variantes: Efraím, Efrem, Efrén. Inglés: *Ephraim*.

Efraín

Un viaje a los llanos, quebrado por el polvo, los matorrales agonizantes, la sequía. No aparecieron las garzas. No había bandadas de pájaros, insolentando las nubes. Ni gritos, ni espejismos. Ni puntas de ganado. Ni perros para aumentar el presagio. Sobre todo: nada de ríos. Las aguas estaban postradas, los cauces sin amenazas ni aventuras, baqueanos absolutamente desorientados por el sol, caneyes sin la gracia sigilosa que aporta el abandono, toda una tierra triste sin tristeza empozada, pobre paisaje de *jeeps* cargando las cosas de la civilización y un alto, en descampado, donde ni siquiera los olores del mastranto podrían servir de ensalmo y apenas una fila de aves llamadas *guineas*, señoras vestidas de duelo, para anunciarnos monotonía, simpleza, negación del deslumbre prometido. Por la noche, no hubo estrellas. Ninguna luz repentina se cruzó sobre las palmas. No salieron los espantos. La sabana no asumió con dignidad su abandono de hueso y de tonada... Un viaje que me arruinó el mito, a la vez que confirmaba las asombrosas posibilidades de la imaginación. Contadores de cuentos, *arpistos* y cantores se las ingeniaron para inventar la gracia de una región sin gracia. Todo el llano es una mentira. Eso dije. Y me dediqué a repetirlo, con chistes de mala fe, en las tertulias de los amigos. Por allí llegó la noticia a casa de Efraín Hurtado, y él, tan paciente y agudo, con las vueltas serenas del gavilán, se dedicó a preparar la venganza de su tierra. Jamás se me ha infligido tal derrota. Efraín no

desenfundó pistolas, ni se puso a enlazar toros, no amontonó los vocablos cursis, sensibleros y baratos que ha hecho tan detestable el *llanerismo*. Tampoco invitó para un *coleo*, ni *joropo*, ni *ternera*. Mucho menos para una *excursión típica*, con avioneta y radar. Efraín, en el *Papel Literario*, hace un año y algo más, me envió un memorial relampagueante, donde la invención verbal cambió la piel de las cosas y los pajonales y los bueyes y los pájaros y los caminos secretos y las picas se pusieron a vivir una vida sobresaltada, mensurable a punta de vocablos, válida por el milagro de un discurso trastornado y original, a mil leguas de distancia de todos los lugares comunes que nos han ido matando desde Gallegos hasta las revistas turísticas y los partes oficiales. Por primera vez en el país uno pudo sentir la presencia de una palabra encabritada. El torrente verbal ganando limpiamente la partida: voces que resultan un despellejamiento, porque estuvieron contenidas en ese corazón que ahora ha reventado.

Sí, Efraín murió. Y no hay caso. Se murió, aunque nadie quiera admitirlo y esté sobrecogido por la noticia, de casa en casa, de aula en aula, de poeta en poeta. Afortunadamente pudimos realizar un viaje más rotundo que aquel viaje real. Efraín me invitó:

Usted y yo vamos los dos por estas riberas entreabrazados de palmas, adioses y matapalos cubiertos de una sola plantada raíz para madrugar con suaves frescos de espinosos campos dormidos por riesgos de baja luna, partiremos en ancas polvorosas de un buey que muge lejanzas en las vueltas del monte al oír

quejas de tortolitas echadas en orillas de caño por donde sestearemos después que mayo nos moje en sus lloviznas...

Yo traté de responderte Efraín. Te dije en este rayo y esta lluvia, al día siguiente, que también hay polvo en la montaña, que la neblina convertía las piedras en plantas de otro mundo, que el frailejón respira con sus hojas de llanto casi animal, que había unos venados sonámbulos y una planta llamada *díctamo* para alargar la vida... Te dije, pero no pude. Tus palabras filosas de inocencia ganaron la batalla, quisieron perder su puntuación por allá lejos, se metieron prestigiosas y nobles a iniciar la gran polémica poética que todavía no ha concluido, porque hay otros que se van a sumar y habrá quizás un libro en tu homenaje, el mejor lugar donde podrán quedarse quietos tus sudores y podrá resplandecer tu pecho deshilachado y tu pata coja de la cual no tenías miedo, cuando me leías tus primeros textos, llamados corajudamente *Mis Muletas* y hablabas de lo de antes, cuando nos conocimos en Buenos Aires y las muchachas se derrumbaban por tu tierna devoción y tus recuerdos, que las llenaban de asombro, porque eran, como dirías después: *Andaduras de éstas, usted nunca las hace sin la compañía de quien viene a la diestra de su cabalgadura que es la mejor manera de pisar a lomo de bestia sudorosa cualquier tierral abierto para ir divisando poray y muy adentro de rincones cosas dichas...*

No. No nos dijimos suficientes cosas. Eso es lo que tus amigos sentimos: que las horas, los bajíos, el señor viento, los güisisguiríes, los terrones y las bocas del cielo con

broscas y tupizales todavía esperaban que las nombraras de nuevo. No te respondí como era debido. Pero resulta mejor. Porque tus palabras quedan indestructibles, como el díctamo real. Y usted y yo vamos por esas riberas entreabrazados de palmas y neblinas.

ADRIANO GONZÁLEZ LEÓN

Picas

(para Adriano González León)

Usted y yo vamos los dos por estas riberas entreabrazados de palmas adioses y matapalos cubiertos de una sola plantada raíz para madrugar con suaves frescores de espinosos campos dormidos por riegos de baja luna, partiremos en ancas polvorosas de un buey que muge lejanzas en las vueltas del monte al oír quejas de tortolitas echadas en orillas de caño por donde sestearemos después que mayo nos moje en sus lloviznas. Entraremos en las cavilaciones con el puro pienso de alegrarnos la vida al cruzar sementeras de la poza silente que mudeció de muerte el viudo Celestino, de tanto escuchar los decires callados de manantiales junto a cejas de agua, con bandadas de güises-guiriríes volando de dos en dos por encima de unos borales idos. En los cruces, veremos partir gente de esos lugares a bordo de un carretón cargado de menestras y guineas montaces que marcha dando tumbos por costas de Orituco y Boquerones detrás de una bestia morosa que busca en los confines rastrojos de Pirital, se irán por esos nortes con despedidas de antes de abrazo en abrazo con aromos de las sembraduras que cunden al caer los primeros chubascos. Y para apagar los distraigos tristes de unos viajes así, pasaremos por picas que esconden los caminos de varios caminos más, con cantes de vaquerías que enfilaban ganas al entrar el verano hacia palmarajes jamás adivina-

dos por los ojos de usted. En los bajíos, el viento rompe ristrajas de terrones cuando se arremolina contra las cornamentas de unos palos boscosos que desvuelan maporas de una linde a otra linde hasta continuar repitiendo la edad del monterío en un correr sin fin. Por los trillos el animal se va seguidito con el sol de las dos, en los ripios pelones del banco de Pavona que el buey escurre gacho con arrastres de las patas de atrás. Andaduras de éstas, usted nunca las hace sin la compañía de quien viene a la diestra de su cabalgadura que es la mejor manera de pisar a lomo de bestia sudorosa cualquier tierral abierto para ir devisando porai y muy adentro de rincones cosas dichas por baquianos que escarbaron palmo a palmo los sabanales del sur. A medio caminar de los puntos mentados se coge un senderito que va a desembocar en claros de unas trojas baldías que copó un samanal, en cuya soledad se llega a repasar canses dejados por los cortes de rumbos al recostar el cuerpo sobre roza de mastranto que de a poco empezará a gotear rocío de cogollos menudos con murmuraciones de las arboladuras que desde arriba te ablandarán los ojos para reposarte por las largas raíces del troncal. Levantados del sitio nos iremos pegados a las líneas de alambre que extienden callejones inmensos bajo la estampida de un aguaitacaminos que revoloteará a ras de los potreros con su silbo dulzón al tenderse por delante del buey que apenas doblará la cabeza para seguir trasteando mangas de Paso Real, porque ya el aire regresa cargado de las retoñaduras que espigan las varas de maíz en playones del río, y en el

fondo de las plantaciones se escuchan los lecos de mujeres espantando pericas que solitas espolvorean mazorcas con fojas profundas. Y tendremos alegrías de las grandes como aquéllas que crecen en carcetas por tiempos de los despuntes de reijanas en flor al dentrar usted y yo por labrantíos que ayer nomás estaban deshechos de brosca y tupizales para verlos en pasadas de días convertidos en palotal frondoso con la hojarasca de abril. Dormiremos en tinglados de pajas curioseados de cerca por un titirijí que espabila quietecito la noche desde el desierto de su cara sombría, mientras errantes se asoman por las bocas del cielo llanadas del otro mar. Aligere ese paso para ver sino es eso lo que ahora mismo yo contándole digo.

EFRAIN HURTADO

UNA ESCRITURA

Siempre vulnerado, marcado en su cuerpo por las intemperies: las del fuego y las de su estigma en la memoria, Efraín Hurtado no tuvo tiempo para sosegarse y encarnar como hubiera querido, sin brusquedades (yéndose solamente, por irse a ser chiricoa, pelusa de sabana, habla) en esa escritura que veía en el gran afuera de Calabozo y su tierra arrastrada, en cuya dureza aprendió desde temprano a nombrar lo espinoso, lo hundido, lo que sigue igual, ese filo del suelo sobre la cabeza, adentro, por todo donde el llano está escrito con yerba de candela y lodazal, con vuelo de buitre y paloma, del que el hombre toma enseñanza de grito y mudez, oyéndose cantar para sí, por más que se curve sobre el arpa y aparezca llamando chusmitas, bestias, caseríos y mujeres escondidas, que voltean para lo oscuro y nos olvidan.

No tuvo tiempo Efraín Hurtado porque justo cuando iniciaba la encarnación de su cuerpo en el cuerpo de esa escritura de lo extendido, de tierra derribada (la ola caída de Lazo Martí), se vino de bruces, preguntando quién podía avivar la vida suya, con la que veía sobre el yermo y el verdor violencias de fuego y agua, y de cuya escritura había descubierto su intensidad y su nada, copiando en la página lo que se perdía de seco y de sumergido, afuera y en la conciencia, como los horizontes de Guardatinajas

y El Rastro, los bancos de Pavona, el humo de Mapurite, el relámpago de Camaguán y Santa María, ese todo de tierra hablando la mayor inclemencia.

La primera experiencia literaria de Efraín Hurtado fue la candela. La candela de su tierra de afuera y de adentro, la de la sabana, la de su decir, enfrentadas en su libro inicial, *Papeles de condenado*, en el que repta su cuerpo por el desastre, apoyándose en estacas, avanzando en un carruaje de desdicha, una cabalgadura así por habitaciones y cuartos de hospital, lejos, en 1964. La escritura de *Papeles de condenado*, la escritura de confinado, el dicho del agónico y el adolorido que la fiebre altera y las tribulaciones del caído bajo la llama, permite vislumbrar, entre sus pausas y sus cerrados textos, la distancia a la que el poeta se apartaría más tarde: una cosa de incendio y temporal en los ojos, sobre el torcido que se volvería escribiendo *A dos palmos apenas*, registrando en los parapetos de Calabozo, en sus encondrijos de tesoros y miserias, copista de vegueros del otro mundo, de caminantes y tratantes *de otro lado*, que decían, en esa escritura suya de memorialista febril, la historia de la ciudad, convertida en texto de lo fantasmal y lo fabuloso. La detenida lectura de las inmensidades de Pavona, El Calvario y Las Mercedes del Llano, lo movieron a escribir *Ojo de buey*, donde la narración son eso que tiembla en el hervor, lo hablado en gargantas de antiguos solitarios, que el poeta rehizo en el sueño, en su pesadilla creadora.

Cuando concluye este libro Efraín Hurtado había iniciado ya su salida hacia la vastedad. Acaso en los

artículos y ensayos de teoría literaria, en sus disertaciones sobre la imaginación colectiva que postulaba su pensamiento de antropólogo desde las páginas de la revista *«Uno y Múltiple»* y las crónicas de los domingos en el *Papel Literario* de *El Nacional*, comenzaron a escucharse los preparativos de ese *regreso al afuera*, en busca de la escritura de tierra caída (desde donde dice Palo Seco y Dos Caminos, hasta donde se asoma Cazorla y La Candelaria), transcrita afancsamente, después, entre papeles volados sobre la ropa y los adornos, en los altos de su refugio de Sabana Grande, repitiendo en la alta noche, en el límite de la febricidad, los vocablos del horihuelo, la frase de los *salaos* y la flor de bora, lo que hacía el viento en su casa de Calabozo, el polvo que iba por Guariquito, los alambres de la Misión de Arriba, deletreando las palabras, pasando por ellas lo filoso para despojarlas de su carnadura de encima y dejarlas, en lo vivo, abiertas, expuestas al ardor, en el papel, esa desnudez que quería para su nueva creación poética.

Mientras trabajaba en este insistente y obsesivo desmantelamiento del lenguaje, Efraín Hurtado comenzó a oírse interiormente en las presencias del llano, a mirarse encarnado en lo vasto, la eternidad de lo lejano. Como la tierra caída de Lazo Martí, las palmas con sed de nunca de Barrios Cruz, la larga cola del verano de Moleiro y el grito de los yagrumos de Enriqueta Arvelo Larriva, la última poesía de Efraín Hurtado se hizo cuerpo único con el poeta:

Vengo de abajo
y halo hacia otro mundo
Entre roces de un aire
que se queda en las vueltas

Las tijeretas pasan sobre nuestras cabezas
diciendo que llegamos

Uno viene detrás
adivinando.

El gran afuera del llano siguió en él, pero por dentro. Todo el ser se oía en *la montañera*, en el trueno, en el chirrido de la sequía. El día que regresamos al sitio donde Efraín Hurtado solía obstinarse escribiendo entre dibujos de perdices y hojas sueltas, hallamos el desordenado manuscrito de *Escampos*. Esa mañana nadie pudo detener su muerte en los pasillos del Hospital Universitario. Y desde entonces yace con nosotros. Así, como tratando de sujetar una casa ida en el viento, compilamos este libro póstumo que Efraín Hurtado había dejado en el vacío de su cuarto, desparramado. Darle forma fue tarea acezante: seguimos los esquemas y los planos de hormigas que acostumbraba trazar al borde de las páginas.

Escampos se inscribe en la mejor dirección de la poesía del paisaje interior, transmutado en presencia del ser. Su contención, su parquedad, deben sentirse más en su pausa, su interrupción en la página borrada por lo blanco, que en la frase misma, puesta allí, en el resplandor que comunica, en esa intensidad, para señalar sólo un sitio duro del mediodía

LUIS ALBERTO CRESPO

Guacabas

No me asomen lejanzas
porque se van mis ojos.
No me silbes tan bajito perdiz
por las bocas del monte
para no andar trasteando estos campos
de solo.

Nadie en los pasos.
Picos de bahareques en una de las vueltas.
Por los orillos crece la hoja del guaritoto.
Ni un palo para la colgadura.
El que viene se empina sobre un lomo de perro
para mirarse el rastro.
Bajíos
por donde trae lejanzas un pájaro rabón.

De arriba abajo
la peladura del cielo.
Rastras por donde siguen
animales en fila.
Al mismo paso.
Caminamos marcados por igual.
La paciencia del polvo
entre los huesos.

En este rapio de sol
el ojo se pega a la costa de alambres
hasta volverse puya.
Raya de aire.
Las vacas rastrean puntos de sal en los
lamíos de palos.
En boquetes de trojas.
Con la seca mascamos el fruto del piñón
para ablandar el pegoste de polvo que
nos raspa los dientes.
Después sube un sabor de escarbadura de hueso.

SEÑOR VIENTO

Nadie ha tropezado la aldaba del portón
la tranca no se rueda.
Ninguno alarga ese rumor quejoso de un
postigo al doblarse
                entrecerrado
                las pestañas se mueven
por lo bajo del quicio
                lentas
rozan una zona de penumbra
hasta tocar la raya por donde comienza a
despejarse el día.

El polvo se apaga en bordes de maderas
en medio del zaguán
                cunde la casa.

El viento abre una rama de tártago que cabecea
en las tapias
suena en planchas de zinc
se me escurre en la cara.

Callado susurro:
pase señor de las sabanas
                pase
extiéndase por estos corredores
silbe en penachos de palmas
en boquetes del techo

calmo murmure en cruces de compuertas
para escuchar su eco arrastrarse
en las tablas de atrás.

Se arrastra por el quicio
de a poco
suenan entrejuntas las tablas
del portón.
Apenas queda un boquete para que pase
el bicho.
Roza la palmera de atrás.
Sigue pegado a la joroba del techo
escurcando vigas
hasta volverse tira en un hilacho de zinc.

La fila de burros va por el largo.

Se bambolean los bultos
sobre puntas de techo

Sale un olor de trapos
Un tufo de animal

Pegado suben con cabeza gacha
la peladura de cascos

El liso por donde nos iremos.

Toco con nudos de los dedos salientes
de la puerta
Pasito
para no despertar al que duerme en los
palos

Meto la oreja en lo bajo de las tablas
Oigo el arrastre de raíces en los cuartos
de adentro
Veo salir bejucos por los ojos de la aldaba

ENMONTADO

Denme agua
de las topias
cuando la poza sea puro rumor de lajas
para sorber la bora en el plan
de mis manos
con entreclaros de hojas
y frescuras de uveros
Lenta remanza roces de medias sombras
en la piedra de atrás
en donde siempre duerme un sapo roncador
Agua
que me deja en la boca
recuerdos de hoja grande.

Y siento crecer en mí la invasión.

Un nudo de candela
camina por la seca del monte.

El gavilán sigue deslices de
culebra
detrás de la jumanza.

Caen peladuras de palma chamuscada,
se avientan carameras de bichos.

La lengüeta va reventando palos,
ripia
debajo de la noche.

Pase usted y siéntese
y deje aquí el sombrero
póngase de este lado donde no le dé verano
y dígame de cómo va la gente
adonde llegan las matas este año
y déme otras buenas
tome un poco de agua para que bote un poco ese sol
aunque casi lo desconozco con esa mancha de polvo
y puede sacudirse cuando así lo desee
y antes que se me olvide ¿puede decirme a dónde
llega ya
la raya del desierto?

Pasos

Asunto de distancia
eso de andar pegado a los caminos
sin dejar de rastrear orillas del monte
para escuchar junto a cada pisada
rumores de una tierra baja.
En cada vuelta terminas por quedarte muy lejos.

El que baja lleva los ojos largos
por la línea de alambre
hasta volverse nada en las vueltas

Si viene trae rotos de vidrio
camina por lo abierto

Como los burros
carga resplandores.

El tajo de candela carraspea en una punta de viga.

La piedra caliente empezó a rodar
por unos voladeros
hasta volverse polvo.
Detrás de los postigos
sentíamos agosto prender sus fogonazos

sobre nosotros.

Y nos hundíamos atrás
con unas tejas bajas.

Aquí estuvo una horqueta
La marça del primer golpe de chícura

En los horcones
sombras de una candela

Las varas dejaron un boquete
por donde pasaba a saltos un animal picudo

Rostros de verdolaga

Topias
con cenizas de una conversación.

El polvo cae por el mismo zanjón

Un esqueleto de palo sobre su orilla

Ningún sesteadero para bichos de monte

Tú vas pegado al alambre
dejando raspadura de granzón

Tu animal es ése que se lame bajito
en la cruz

La guerra comenzaba con largos fusilazos
sobre un bolo de monte

A cada celaje
quedábamos atrás
en unos campos bajos

Al otro día crecía sobre el cielo una palma
que tranquila caía por encima de nosotros.

El día da de filo en la cara
abre un tajo en la boca

Alivia esa hoja que cabecea en los bajos
de tapias

Recostados en costras de bahareque
nos veíamos por encima del sombrero

El verano nos hace una rajadura larga
en montes de Pavona

Vengo de abajo

y halo hacia otro mundo
Entre roces de un aire
que se queda en las vueltas

Las tijeretas pasan sobre nuestras cabezas
diciendo que llegamos

Uno viene detrás
adivinando

Lumbres

Me desvela celaje de lechuzas
junto a mi cabecera.

Con los primeros grumos
se abren rondas por lo bajo del cielo.

Espía en los caños de agua
en boca del estanque
atrás.

Lejos su claridad me moja.

Blancores de su cuerpo me ensombrecen
la cara.

Roces de alas contra el roble
del patio
me hunden en el vuelo mayor.

Éxtasis

Justo a la una
se iniciaba la búsqueda
en una de las tapias

Tendía la cabeza
sobre un recodo de tierra
para velar mejor.

Él llegaba de un lugar de penumbra
para orearse en la boca del día
lentamente comenzaba a moverse
una hormiga de oro
un poco más adentro de ese animal
que sereno me halaba desde un punto
del techo
hasta dejarme a dos palmos de él.

Lejos abría y apagaba el claro
de sus ojos
el lagartijo,
dormitaba bajo roces
de un silbido de arena en el filo
de la lengua
y yo le respondía.

Casi en secreto manteníamos un rictus
de pupilas
entre revelaciones.

Después se entraba en el asombro.
Quedábamos en bordes de una paz.
Eternizados.

Aquí estábamos mejor
bajo la mediasombra de un corozo
que cabecea a las dos
Permaneceremos lentos
recordados del día
tocados por la serenidad.

Ripias

... Y puedes seguir sin necesidad de estar conversando con ese sombrero que ya tiene la cinta desprendida y convertida en pedazo de hilacho de tanto darle vuelta y vuelta sin decidirte nunca a mirarle la cara a esa gente que te mira porque hacía ya mucho tiempo que no te habían visto caminar por el pueblo pues prefieres quedarte días enteros tirado boca abajo arriba de la sabana sin querer hacer nada con esa punta de paja metida entre los dientes dándole a esos ojos tuyos tan distantes que parecen estuvieran puestos sobre el suelo pelado pero que más bien andan buscando un palenque algo para fijarlos adentro bien adentro.

Boras

En sólo tres brazadas entro en una zona
bien honda
en un ramal del pozo.

Me dejo ir largo como la chiricoa
por encimita del agua.

Doy vueltas detrás de la corriente
hasta tocar el fondo donde rozo restos
de unas raíces y
blanduras de arenas.

Después hago otra zambullida para llegar
más lejos
cuando salgo mi cabeza arrastra
una corona de hierbas
sobre un campo de boras.

ÍNDICE

Escampos, de Efraín Hurtado, se terminó de imprimir en septiembre de 1992, en los talleres de Industria Gráfica Integral, Maracay, estado Aragua, Venezuela (043-416086). En su composición se emplearon tipos Palatino de 9, 10 y 12 puntos; New Century de 9, 10 y 12 puntos; y Bookman de 9 puntos.

Edición de 500 ejemplares.

332